

Francisco Coloane, el aventurero

Hecho con la piel nocturna de pellizos y la asperca del mar de Chiloé. Duro como las piedras de su Quemchi natal, arropado por los vientos y naufragio en el archipiélago. Navagante de la magia isleña y artesano de la prosa austral. Barbaço cético de la literatura chilena.

Armando en el muelle de los bravos, donde se cargaba madera rojiza para Europa y Estados Unidos. Astillero humano de marineros intrépidos y sagaces. Era la vecindad de su infancia, en la red de los pescadores, con nudos de leyendas y mitos.

Desde hace una semana, Francisco Coloane es uno más. Murió en silencio, ajeno a sus lectores y apóstoles. Lejos de aduladores posturos, ausente de discursos burocráticos y cismáticos sociales.

En su tierra desmembrada no son así: cuando agonizan, unen a la comunidad. Porque viven en ella: en mingas, gestos de solidaridad; en familia, por necesidad gregoriana; entre vecinos, por hábito y corriente.

El escritor prefirió la soledad. Como en sus 92 años, transeúnte de lo cotidiano a lo cósmico. Siempre fue distinto.

Desde Castro, en su refugio cimbreante de la calle Pablo Neruda, el director académico del Museo de Chiloé, Renato Cárdenas Álvarez, lo retrata con mirada intensa.

«Como un típico chilote, pasó muy temprano a la Patagonia. Allí se metió en el mar, en las ballenas. Por el contrario, la mayoría opta por la pampa y se convierte en esquilador. Siempre fue "patípico", pero retornó acá: en sus tiempos de buena salud los veíamos en Cauco, Quemchi. Una vez navegamos el Huilliche, junto con el poeta Carlos Trujillo.

Coloane es el gran comunicador de estos archipiélagos y estepas mapullánicas. Captó las vidas propias al suficiente y al dolor. En sus obras está el mundo duro, frío, acaso crudo. Y también aparece el elemento afectivo.

Relea sus páginas: en cada línea asoman hombres rudos, quienes -no obstante- no han perdido la dulzura. Lo llora el díctimo grancito. Y el penúltimo. En el golfo hay mayor desesperanza cuando cruzan los barcos cargados de tripulantes en desgarro, con cicatrices de hambre y manchas de fracaso. Fogatas de tierra quemadas se preservan encendidas en testimonio de despedida. Las ballenas rebuzcan su camino y en la Antártica se quebrajan los fiellos.



Ahuellas de piel amarillada trasmieren sus relatos: la tradición oral es un rosario que se murmura en todas las bocas. De ellas las arrebató Coloane. Sus historias no surcan solo por la imaginación: las atrapa de lo que conoció y vivió. En el vértigo tronante de sus voces recrea la valentía de cazadores de focas, el sendero negro del petróleo y la energía de su palabra militante.

En el penúltimo de sus cuernos completos, José María Gómez recoge anillas de bosques ardientes, levanta el mástil de naves de sus libros y reanima la cruda voz de la alborada: «*Precisión, solidez, claridad, sugerencia. Estos cuatro suministros son los que, a mi modo de ver, mejor convienen a la presa de Francisco Coloane. Falta la audacia, quizás, el espíritu de aventuras que necesariamente tienen los relatos*».

Su entusiasmo se empapa como un cazador de flores ballenera y lanza el arpón en la presa mayue: «*Pero me interesa sobre todo trazar a colación porque no es fácil encontrar una expresión literaria en la que el espíritu de la aventura se encare tan bien en la escritura. Y aquí es donde me parece que reside el último secreto de Coloane, porque en verdad puede decirse que su estilo es el resultado de afrontar la escritura con el mismo espíritu de aventura con que sus personajes, traspasados por la vida, se enfrentan a la suerte que les corresponde*».

Todos los ahoras. El baquiano vestido con perneras de chaquetón de cuero crudo, con botas de media caña y gorro con piel de guanaco y orejeras para el viento. El portón de una embarcación al garrete. El marinero que teme y desafía en el Golfo de Penas. El viejo anzamador con las clavículas y las piernas más resoldadas. El marinador que refluye con sus manos colmadas de erizos. La viuda de Caguach o Calen, quién no renuncia a su ropa negra y desgastada.

Porque Coloane les dio nueva vida, como la mayor figura del archipiélago. El primero y más vigoroso en la fila de narradores. En la nave en la que van Patricio Manns, penquista amante de Chiloé, malíscio, escritor y cronista; Rubén Azócar, quien volcó las miradas a «Gente en la isla», aunque no nació en ella; Edesio Alvarado, el periodista que vino de Calbuco.

Se reunirán en los canales y en los fiordos. En un quollombo de Río Grande, dentro de una cueva, en Angelmó. En fauces balleneras, en el gallo de Corenava. En la isla grande de Chiloé y la de Huaro.

Francisco Coloane, el aventurero [artículo] Enrique Ramírez Capello

Libros y documentos

AUTORÍA

Ramírez Capello, Enrique

FECHA DE PUBLICACIÓN

2002

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Francisco Coloane, el aventurero [artículo] Enrique Ramírez Capello. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile